

XLVIII PREMIO DE NOVELA ATENEO DE SEVILLA

MONTERO GLEZ

**EL
CARMÍN
Y LA
SANGRE**

algaida



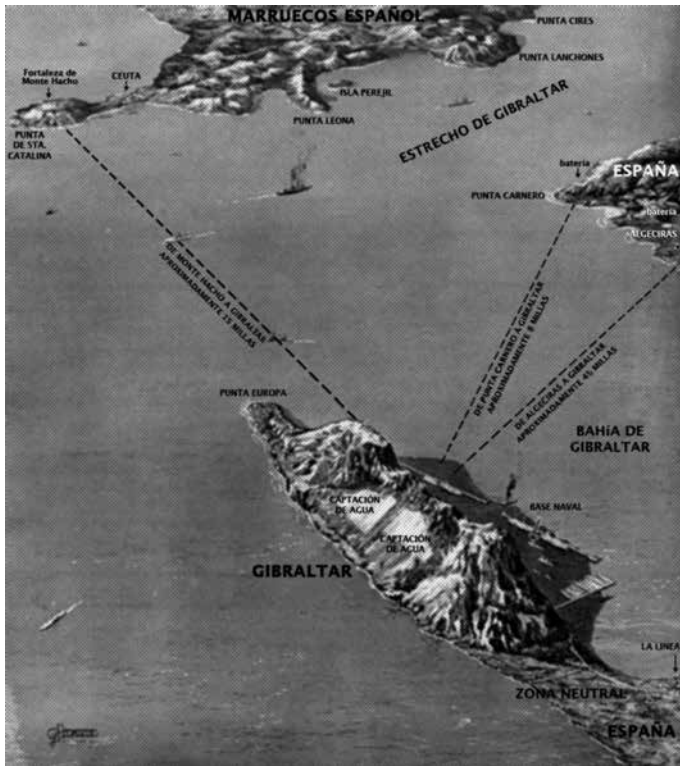
El jurado de los Premios Ateneo de Sevilla de Novela estuvo compuesto por Alberto Máximo Pérez Calero (Presidente de Honor), Alfredo Conde, Miguel Cruz Giráldez, Miguel Ángel Matellanes, Ramón Pernas, María A. Prior y Luis del Val. La novela *El carmín y la sangre*, de Montero Glez, resultó ganadora del XLVIII Premio de Novela Ateneo de Sevilla.

Primera edición: 2016

© Montero Glez, 2016
© Algaida Editores, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-692-9
Depósito legal: SE. 1447-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Para Mario Muchnik



El Estrecho de Gibraltar durante la II Guerra Mundial.
Imagen a partir de un mapa publicado en 1939
por *The Illustrated London News*.

I

EL COMANDANTE FLEMING SIEMPRE SUPO HACER de la buena educación un estilo de vida, incluso cuando hablaba de mujeres. Cada vez que el tema salía a relucir —cosa que sucedía muy a menudo— el comandante Fleming nunca pisaba terreno vulgar. Bajaba la voz y ponía el acento literario en cada una de sus palabras.

Tal y como corresponde a un gramático de la carne, las arrastraba hasta formar curvas con ellas, insinuando especialidades y atributos que hacían subir la temperatura de su hoja de servicios. Por lo dicho, el documento acreditativo del comandante Fleming, cargaba la malicia del carmín junto al perfume pegadizo de todas aquellas mujeres a las que invitaba a probar el agujijón carnal. «¿Quieres mi veneno?».

Era entonces cuando una grieta se abría al otro lado, un orificio de entrada por donde cabían todas, pelirrojas y pelinegras, también de color castaño, algunas depiladas

y otras con peluca rubia; cada una de su padre y de su madre y todas igual de mujeres. Objetivos que el comandante Fleming manejaba a partes iguales, ya fuera como complemento necesario de sus misiones o como consuelo para su virilidad. Agentes de doble cruz, se las denominaba con propósito en el lenguaje de los espías. Cuando en la conversación, el comandante Fleming se refería a alguna de ellas, lo hacía de la misma manera que hacía con el resto, dando a entender que el cuerpo de una mujer es igual a una región indescifrable pero siempre dispuesta para la conquista.

Un terreno de culpa, como luego veremos, pues el comandante Fleming fue educado en uno de esos colegios ingleses en los que los preceptores, siempre tan estrictos, vienen a enseñar que el sexo y la guerra forman parte del mismo juego. Un latido que duerme a la espera del momento propicio. Para alcanzarlo, la lógica de la razón instruye haciendo cálculos, gráficos y coloreando el mapamundi donde Europa es origen, desarrollo y final del universo. Lo que pasa es que el comandante Fleming no era de hacer cálculos, ni de colorear mapas ni de prestar atención en las clases del colegio. Por esa parte, el comandante Fleming era un hombre instruido en el juego, de los que intentan no sujetar la vida a cálculo alguno.

Tan sólo, esperaba que el aviso de la fuerza de asalto llegase de manera espontánea. Entonces salía de su posición de reposo y se establecía el primer contacto físico, lo que el comandante Fleming denominaba «el asedio de la carne» y donde trazaba un cerco sobre el escote elegido.

Con la ayuda de los dedos acababa coronando la punta de ambas cordilleras. Entonces la carne vibraba, volviéndose piel desnuda, bajo la lencería.

En aquellos instantes de avanzadilla, bien podría decirse que no todo eran dedos pues la guarnición de lengua y mordisco iba a la vanguardia, abriendo con chasquidos y alboroto el camino venéreo. El secreto de la victoria residía en dejar que el azar organizase los detalles más importantes; detalles que, para otros hombres, resultaban secundarios o no existían y que para el comandante Fleming eran de vital importancia a la hora de emprender la aventura. El azar nunca le fallaba, porque ahí donde no llegaban sus dedos, siempre llegaban los del Diablo.

Debido a tal confianza en el juego, resulta inevitable que el comandante Fleming coqueteara con el peligro de un modo tan perverso. Sus glorias fueron episodios que hacía recrear en privado. Momentos de sombra y ceniza que el comandante Fleming traía a su memoria, siempre licuada de alcobas, champán y perfumes caros en tiempo de guerra; una época de lance donde las almohadas servían de tronera bajo las rodillas femeninas. «*Let's play the national indoor game*»¹, imperaba el comandante Fleming. En el fondo, siempre fue un poeta en los hechos; tanto como en las palabras.

Resulta curioso, porque cuando el comandante Fleming hablaba de sus conquistas femeninas, daba la sensación de que pisaba un terreno arriesgado; era como si el látigo y la sodomía acechasen cerca y tuviese miedo de

¹ En inglés, en original (*Nota del autor*).

desvelar ciertas cuestiones vulgares de vicio que surgen a la hora de desempeñar un cometido bélico. Cuando llegaba el momento, el comandante Fleming también sabía callar. En aquellos silencios, era cuando más cosas decía. Lo podía advertir cualquiera que supiese descifrar el alma de un hombre dispuesto para la aventura. Entonces el comandante Fleming cerraba los ojos. Incapaz de seguir manteniendo a raya el flujo de su memoria, callaba y la boca sólo se le abría para expulsar el humo del cigarrillo. Virginia Morland Special.

Con todo, la envoltura del silencio tampoco le ponía a salvo. El Diablo y el viento no tardaban en acercarle hasta su memoria el recuerdo de una mujer que fue algo más que el sobre cerrado que todo espía guarda a buen recaudo. Tal y como dejaría reflejado en su informe, aquella mujer se hacía llamar Juana, de nombre artístico la Petenera y según cuentan, era gitana tan bella como el nombre de una puta. La última vez que el comandante Fleming la pudo ver con vida fue en Gibraltar cuando ya no quedaba lugar en el mundo a salvo de los nazis. La Petenera apoyaba su pie sobre la esquina de la cama mientras se subía las medias. Lo hacía despacio, con ese gesto que diferencia a las que lo son, de las que no lo son tanto.

El comandante Fleming seguía fumando. Tenía el cenicero en el pecho y las sábanas cubrían parte de su desnudez tan flaca como distinguida. Se mantenía callado, bien sabía que, en casos así, la mejor palabra es la que nunca se pronuncia. Con su mirada de águila envuelta en el humo, acechaba a la Petenera que se ceñía la navaja al muslo con

ayuda de la liga. «Me da calor», diría ella, con su voz grave, casi áspera. Para el comandante Fleming, aquellas palabras parecían tener otro significado distinto del más evidente. El tiempo y el combate le habían puesto a aquella mujer en su camino y ahora se iba a despedir de ella para siempre. «Me da calor». Un arañazo suave y canalla recorrió el espinazo del comandante Fleming. En el fondo no era un hombre tan original, lo que sucede es que sabía experimentar con gusto cierta moral podrida, tan propia entre los de su oficio.

Desde la calle llegó el sonido del claxon. Tres veces. La Petenera sonrió, asomando lo justo sus dientes blancos, como los de un animal salvaje dispuesto para el sacrificio. Se recogió el pelo en un moño alto que dejaba al desnudo la raza del cuello; la invitación al mordisco. El comandante Fleming apretó la boquilla del cigarro entre sus dientes y aspiró fuerte mientras ella remataba su tocado con una peineta de carey o de caray, como solía decir. Sonó el claxon de nuevo. Otros tres pitidos.

En el filo de la cama, la Petenera siguió arreglándose, despreocupada, dando a entender que los sonidos del claxon tuviesen poco o nada que ver con ella. Como si la prisa hubiese cedido ante la emoción de su cuerpo, la Petenera cogió el espejo de mano que había sobre la colcha y se pintó los labios con el carmín pegajoso de la demora. Su trazo era lo más parecido a una miel que la hacía distanciarse de los dramas del mundo. Una pregunta que lanzaba a un espejo que a su vez contenía la expresión de su boca. Sin duda, había mucho de provocación en aquella pregunta y también en aquella boca.

El atardecer hacía hervir de sombras la habitación. En lo oscuro, la brasa del cigarro encendía el porte aristocrático del comandante Fleming; el mentón alzado de un caballero tan capaz para el azote como para el mordisco. Entre sus dientes, la temperatura viciosa de un cigarro llegaba hasta la boquilla de ébano. Hizo un aspaviento, obligado a apartar de su nariz el humo. Una sensación inconfesable saltó hasta sus ojos. Sin duda alguna para el comandante Fleming, aquella mujer procedía del mismísimo infierno, de su rincón más caliente, donde el cincel de Satanás trabaja el pecado de los cuerpos.

Con todo y con eso, para el comandante Fleming sería algo más que el cuerpo de una mujer, algo más que un alivio para la derrota. Su encaje de caderas y sus andares sirvieron de herramienta para cambiar el rumbo de la Segunda Guerra Mundial. Tal vez por esto, el comandante Fleming hizo una última reverencia cuando la vio pasar por delante de la cama, ahora vestida con la bata de cola que arrastraba por el suelo, camino de una puerta que se cerró tras ella como un escopetazo.

El comandante Fleming no se despediría, para qué. Bien mirado, con el tiempo de por medio, aquello fue una prueba más para demostrar que también le gustaba engañarse a sí mismo. Se comportó igual que si la Petenera fuese a aparecer de un momento a otro, para recoger algo que se le hubiese olvidado, algún detalle que pudiera comprometerla. Pero no. Entonces el comandante Fleming, con una irritación que bien se podría interpretar como gesto masoquista, apagó el cigarrillo en el cenicero, que seguía encima del pecho. Tuvo un instante de pánico

que disimuló ante su propia sombra reflejada en la almohada. Sin más, alcanzó un batín rojo de seda, estampado con dragones. Se incorporó de la cama, llenó su copa de jerez y se puso a mirar por una ventana desde donde vería a la Petenera salir del hotel y dirigirse al Chevrolet azul oscuro que la esperaba con la puerta de atrás abierta.

El comandante Fleming nunca supo reconocer que la había amado; de haberlo hecho, también hubiese reconocido su traición; la de ser un hombre que amaba cuando ya era demasiado tarde. Abajo, en la calle, el chófer aguantaba la puerta y ella se agarró la cola de su bata antes de subir al coche. Como si fuese a montar en un caballo, la Petenera se levantó la falda, dejando a la vista la liga y la navaja ajustada al muslo. El comandante acertó con su mirada de águila, desde la ventana de la habitación. También pudo ver los guantes blancos del chófer, sobre el volante del Chevrolet.

Cuando el coche arrancó y se puso en marcha, el comandante alzó la copa y brindó desde la ventana. La llama feroz del sadismo iluminó sus ojos, el sol caía tras los cristales y las sombras iban cubriendo la habitación de un hotel con vistas a la Segunda Guerra Mundial.